

¿PUEDE LA PRENSA DECIR LA VERDAD?

Por *Jean BLOCH-MICHEL*.

Las malas noticias se venden mejor que las buenas. Verdadera o crónica, esta máxima parece ser admitida por la prensa de todo el mundo. Y es un hecho que un temblor de tierra despierta mayor curiosidad que una buena cosecha, y un incidente fronterizo agita más la opinión, siempre y cuando se trate de una frontera bastante cercana, que el descubrimiento de un nuevo antibiótico

Por esta razón, en todos los países donde la prensa y los medios de información han tomado grandes proporciones y viven sobre bases comerciales, las malas noticias merecen los grandes titulares, porque hacen vender el periódico, mientras que la buena se relega, cuando no se olvida del todo, en la última página.

En los países donde la prensa y los medios de información no se fundan en organizaciones comerciales, la mala noticia presenta un interés diferente, pero no menos grande. Ya no se trata de impedir a los ciudadanos que caigan en un estado de seguridad que se juzga engañoso, de mantener en ellos la necesaria consciencia de las amenazas que no dejan de pesar sobre ellos, sobre su libertad nacional, su modo de vida, su régimen.

Podría creerse que desde el tiempo que existe la información, los hombres se hubieran acostumbrado a las malas noticias y que se encuentran inmunizados contra sus efectos. Pero no es así. El poderío de los grandes medios de información —prensa, radio, cine, televisión— es tan grande que parece, al contrario, que el público se encuentra más desarmado que nunca frente a ellos. No hace tanto que desencadenó un verdadero pánico en los Estados Unidos una emisión radiofónica de Orson

Welles, emisión de ficción científica, que describía la llegada de los marcianos sobre la tierra. Muchos oyentes creyeron que no se trataba de una emisión de fantasía sino de una verdadera información. El mismo fenómeno se produjo algunos años más tarde en Francia con ocasión de una emisión futurista, por decirlo así, que describía las circunstancias y los efectos de un bombardeo atómico. En ambos casos las emisiones se habían anunciado de antemano y habían sido precedidas y seguidas de comentarios que no dejaban lugar a duda sobre su naturaleza. Pero esto no sirvió de nada: la capacidad de convicción de la radio es tal que, sea como sea, quienes la escuchan creen lo que dice. Si tienen dificultades en distinguir una emisión de fantasía y un programa informativo ¿cómo pedirles que ejerzan un sentido crítico permanente sobre las propias informaciones?

Como todas las fuerzas creadas por el hombre, la fuerza de convicción de los medios de información tiene su lado bueno y su lado malo, ya que sus virtudes o sus vicios dependen únicamente de la causa al servicio de la cual se ponen. Pero esto plantea precisamente un problema particularmente delicado.

En efecto, ya que la información tiene por objeto informar, cada uno piensa que la selección es sencilla y que basta ponerla al servicio de la verdad pura y simple. En este terreno, es indispensable ser muy modesto: ¿existe acaso un sólo país en el mundo donde pueda decirse que la información está al servicio exclusivo de la verdad? De una verdad, quizás, y en esto reside el peligro. Pascal decía: "Verdad de este lado de los Pirineos, error más allá de ellos." Esto es más cierto todavía ahora que en aquel tiempo. La verdad única, reconocida por todos y universalmente admitida, existe menos todavía que en el siglo xvii. Más aún: la convicción de poseer la verdad, la propaganda de esta verdad única por todos los medios de que se puede disponer constituye un grave peligro. Aquí o allí, es en nombre de la verdad que se han librado siempre las guerras más sangrientas.

Y, sin embargo, hay verdades sobre las cuales los hombres deberían poder ponerse fácilmente de acuerdo. Se les podría llamar las verdades del corazón; ésta, por ejemplo, que la paz es el bien más valioso para todos. Fue conforme a ese espíritu que la Unesco adoptó, durante su Conferencia General de 1954, una resolución condenando el uso de la prensa, de la radio y del cine para fines bélicos.

Al pedir que los medios de información dejen de difundir "noticias deformadas", el delegado del Reino Unido indicó que era preciso que la

información ayudase a crear una corriente de intercambio de ideas y opiniones. Es decir, que la información también debe servir para dar a conocer la verdad de los demás, y no sólo la de la nación, del régimen o de la cultura que expresa.

Una vez más, lo que la Conferencia General de la Unesco pedía a los Gobiernos era hacer acto de modestia más que de autoridad. No se trata de imponer a la prensa un nuevo conformismo, sino de ayudarla a abrirse a las corrientes del pensamiento que le son extrañas, de dejar de considerar que todo lo que es “distinto” es “contrario”. Rehusar toda propaganda bélica es ante todo ser tolerante. (UNESCO).